

¡HAN RAPTADO A POLI!

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta y del interior: Gustavo Ortega

© 2019, Leonor Bravo

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8114-2

ISBN 10: 958-42-8114-3

Primera edición: septiembre de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

¡HAN RAPTADO A POLI!

Leonor Bravo

ILUSTRACIONES DE **Gustavo Ortega**



¿HAS VISTO A POLI?

Carolina y Rafa parecen un torbellino, suben y bajan gradas, buscan debajo de la mesa del comedor, en los muebles de la sala, detrás de las cortinas, en el baño, entre las ollas de la cocina. En medio de su búsqueda escuchan que se abre la puerta de la casa y corren hacia allá. Al salir tropiezan con uno de los anaqueles y las ollas caen con estrépito.

—Hola, hola... ¿niños? —en la voz de la mamá hay una pizca de alarma.

—Mami, ¿has visto a Poli?, no aparece por ningún lado —a Rafa le falta el aire.

—Yo creo que se ha perdido —dice Carolina angustiada—, le trajimos un hueso del mercado, la llamamos y no viene.

—Debe estar por ahí, no se preocupen, a ella le encanta esconderse debajo de las camas —responde Angelita, con los brazos llenos de carpetas y papeles—. Yo salí temprano y regreso en este momento, por eso no la he visto. ¿Ya la buscaron en *La Surtidora*?

—Claro, mami, eso fue lo primero que hicimos, porque lo segundo fue buscar aquí, en la casa —dice molesto Rafa—, y nadie da razón de ella.

—¿Y en el patio de atrás? ¿Y en la huerta? ¿Y...?

Los niños no responden y la miran con el ceño fruncido.

—Volvamos a buscar tranquilamente en cada sitio, empecemos por *La Surtidora*, ¿les parece? —sugiere la mamá—, y si no la encontramos vamos a preguntar a los vecinos, seguro está en alguna casa del barrio.

Carolina y Rafa viven en una ciudad de frontera que tiene un gran movimiento comercial y de personas de uno y otro país. Sus papás son propietarios de *La Surtidora*, una tienda que es casi un supermercado, en la que «todo el mundo compra de todo», porque tiene desde víveres hasta electrodomésticos, y en la que, según ellos, se encuentra «lo mejor de cada país».

Los empleados de *La Surtidora* ayudan a buscar a Poli y ponen de cabeza la tienda y la casa. Ninguna caja o bulto queda sin ser revisado. Registran hasta en la bodega de las papas y en la huerta. Hurgan entre las grandes coles y debajo del sembrío de calabaza. Todo es inútil, no aparece por ningún lado.

Es casi de noche cuando, de acuerdo a lo ofrecido por la mamá y por exigencia de los niños, visitan, una a una, todas las casas del barrio. Unos dicen que no la han visto en todo el día, otros que estuvo jugando en la calle.

—Estaba en la puerta de la tienda, como siempre, ladrando a todo el que pasaba por allí —señala un vecino.

—Yo la vi corriendo tras el carro de la basura, quizá se la llevaron ellos —dice otra.

—A mí me parece —comenta alguien—, que la vi jugando con un hombre que le dio una golosina, pero no estoy seguro.

—Tal vez se fue detrás del carro del circo, que pasó dos o tres veces por aquí, como arman tanto escándalo pudo entusiasmarse con ellos —opina un tercero.

Los niños llaman a gritos a Poli y a sus voces se suma el ladrido de los otros perros del barrio. El escándalo es enorme.

—Mami, busquemos en la otra cuadra, a Poli le gusta pasear por allá —suplica Carolina.

—Sí, vamos —insiste Rafa—, en algunas de esas casas la conocen, seguro que fue hasta allá persiguiendo al gato de tu amiga Susi o al pekinés de la señora Matilde. Quizá están esperando que vayamos a recogerla.

—Ya es muy tarde, mañana la seguimos buscando. Lo que podemos hacer ahora es llamar por teléfono y preguntar si la han visto por ahí. —La mamá bosteza, está muy cansada y lo único que desea es volver a la casa.

Carolina y Rafa protestan, pero Angelita no cede y deben regresar. El papá sale a su encuentro en la esquina y trata de tranquilizar a sus hijos.

—No se preocupen —les dice—, seguro que mañana vuelve con algún regalo para ustedes, un ratón o una lagartija. —Se ríe—. Recuerden que es cazadora y todavía una cachorra. Y ahora vamos a comer, que deben estar con hambre.

La cena huele bien, pero ninguno de los dos prueba un solo bocado. Los niños han perdido el apetito.

—Si no la encontramos el tío Polo se va a enojar con nosotros —dice Rafa, pensando que ese argumento puede convencer a sus padres.

—Sí, y tal vez no nos vuelve a dar un solo regalo más en la vida —añade Carolina gimiendo.

Pero mamá y papá son firmes, ya es tarde y deben ir a la cama. Mañana la seguirán buscando.

POLI Y EL TÍO POLO

Poli, una cachorra de pastor alemán, había llegado a la vida de Carolina y Rafa hacía pocos meses. Una noche cuando parecía que ya nada nuevo iba a ocurrir, un carro se detuvo con gran ruido frente a la casa. Los chicos fueron a mirar de qué se trataba y vieron que, de un viejo, enorme y polvoriento Chevrolet, salía su tío Polo. En un brazo tenía un bulto y en el otro una enorme maleta.

El tío Polo, hermano mayor de su padre, es un tipo alto y flaco, que recorre todo el país haciendo negocios, y viene algunas veces al año a la ciudad, cada vez en un carro diferente, porque entre sus múltiples actividades comerciales también está la

compra y venta de autos. Cuando él llega, es fiesta para Carolina y Rafa, no solo por los regalos que les trae, sino porque es divertidísimo y cuenta montones de historias de los lugares que conoce, pero sobre todo porque es su principal cómplice y les secunda en los mil planes que se les ocurren a ellos, por absurdos o locos que les parezcan a sus padres.

En la maleta traía los libros sobre detectives que les había ofrecido en un viaje anterior, además de los equipos necesarios para armar su propia agencia de investigación y el pequeño bulto resultó ser un precioso perrito que, cuando supieron que era hembra, recibió el nombre de Poli, en honor al tío Polo.

Con solo verla se enamoraron de ella. Dormían con la perrita y le daban de comer en la boca. La mimaban tanto que el papá pensó que no iba a crecer con tanto arrumaco. Pero crecía y se estaba haciendo grande. Y con ella aprendían un montón de cosas sobre la crianza de los perros, se divertían y se sentían protegidos.

El tío Polo les enseñó una serie de órdenes y trucos para que la adiestraran, y ella, inteligente como pocas, a pesar de ser todavía una cachorra, aprendía rápidamente. Todos estaban convencidos que pronto sería mejor que los perros policías de los puestos de vigilancia de la frontera. Y desde ese día Carolina y Rafa se dedicaron a la educación de Poli,

auxiliados por el tío Polo que, cada cierto tiempo, llama a preguntar por los avances de la perrita.

Ahora los niños tienen la esperanza de que no llame esta noche para no tener que contarle que se ha perdido y se encierran en el dormitorio de Carolina. Los dos, abrazados, lloran en silencio, pensando en todos los peligros que puede correr la perrita, en los ladrones y hombres tenebrosos que le pueden hacer daño, en los perros gigantes que la pueden atacar; en que, con seguridad, siente hambre y no tiene que comer; en el frío que hace, en que puede sufrir un accidente y en lo mucho que la extrañan.

Carolina, como siempre que tiene algo importante que decir, se acerca al retrato de su abuelo Alfredo.

—Abuelito —dice sollozando—, tú, desde allá arriba en el cielo puedes mirar todo, por favor dígnos dónde está Poli para ir a buscar, o si no, dile a ella que regrese.

Rafa no dice nada, pero se imagina a Poli sola en la oscuridad y se le vuelven a escapar unas lágrimas.

Cuando sus padres se acuestan y todo está en silencio, Carolina y Rafa se levantan y, por si acaso Poli regrese durante la noche, dejan entreabierto la puerta de la casa.

